

Bienvenidos al Hotel Olimpia

Oscar A. Ceceña

Image not found.

Capítulo 1

Hola, ¿Qué tal todos?

Resulta que no estoy muerto a fin de cuentas, sólo andaba de parranda.

Bueno, ya en serio. Luego de tres meses de ausencia regresó a publicar en esta pagina.

No tengo muchos suscriptores, a decir verdad, pero aun así lo consideré necesario por respeto a esas poquísimas personas que, aunque sea mínimamente, les atrapó alguno de mis trabajos.

Por cuestiones personales, de las que luego hablaré pues dan para algo interesante, no he podido actualizar nada por aquí, sólo una que otra cosilla sencilla en "dimensión de letras" –mi pagina en facebook, a la que están todos invitados–.

En fin, gracias por leerme. Un abrazo.

Andaré por aquí cada domingo.

Atentamente:

Oscar A. Ceceña _____

Prólogo

"Te contaré un secreto, algo que no se enseña en tu templo, los dioses nos envidian. Nos envidian porque somos mortales, porque cada instante nuestro podría ser el último, todo es más hermoso porque hay un final. Nunca serás mas hermosa de lo que eres ahora, nunca volveremos a estar aquí."

–Aquiles, de la película "Troya".

Hace mucho, mucho tiempo, cuando todavía el mundo y el tiempo eran jóvenes, hubo un dios llenó de amor por la nueva humanidad: Prometeo.

No era de extrañar, pues a fin de cuentas, esta vez fue él el que los había moldeado a su propia imagen y semejanza, utilizando tan sólo sus manos y un mundano puñado de arcilla.

Cuando les dio vida y los vio andar por ahí, ignorantes e indefensos, sintió una enorme alegría. Pensó que, por lo menos en cierta manera, eran

hermosos y perfectos.

“Yo soy su padre”, se dijo, prometiéndose a sí mismo que siempre velaría por ellos.

Pero no todos los dioses pensaron lo mismo. Hubo algunos que se sintieron ofendidos o, inclusive, horrorizados. Ya sea porque creyeron que Prometeo socavó su autoridad al actuar sin preguntar, o porque simplemente vieron a los hombres como otro intento fallido, éstos se irritaron bastante con él y con toda su creación.

Zeus, sin embargo, no llegó a tal extremo y se mantuvo imparcial. Lo vio como una afrenta, sí, pero de carácter pequeña y sin importancia, como cuando el hijo de un escultor se ensucia jugando con la argamasa y el cincel de su padre. Si una cosa salía mal, se dijo, no había más que comprar más material y darle una reprimenda al niño.

Así pues, ordenó que, al menos por ahora, nadie los tocara si no decía antes él lo contrario: quería saber de que era capaz esta nueva generación de mortales.

Cierto día, en el que los hombres realizaron su primer sacrificio solemne en honor a los dioses, Prometeo decidió trazar un astuto plan para que la mejor parte del buey fuera para ellos: antes de que llegaran sus parientes, apartaría el esqueleto de la carne y las entrañas del animal, lo envolvería en su propia piel y la disfrazaría con una apetitosa grasa blanca, para que, de esa manera, Zeus eligiera esa parte sobre las demás.

Y en efecto así fue. Cuando él y su comitiva llegaron al banquete, Prometeo les pidió que escogieran primero; el resto se lo quedarían los hombres. Ellos, dejándose guiar por las apariencias, eligieron casi de inmediato la parte que a simple vista parecía la más apetitosa. Al llevársela a la boca y darse cuenta del engaño, el rey de los inmortales sintió un profundo rencor hacia Prometeo y sus creaciones, pues a partir de ahora y para toda la eternidad, cada vez que se les ofreciera un sacrificio, a los dioses siempre les tocarían los huesos.

Después de eso, Zeus, lleno de furia, prohibió tajantemente a su hijo Hefesto que les volviera a mandar el fuego.

Cuando escuchó esto, Prometeo protestó; era un castigo demasiado duro. Sin el fuego, los humanidad caería en un profundo abismo. Nadie podría cocinar de nuevo, no se podría fabricar cosas muy complejas, los artesanos se verían incapaces de realizar su oficio y no habría nada que los pudiera defender contra del frío o los horrores de la noche.

Sus suplicas fueron a parar a oídos sordos; ningún otro dios intercedió por él, temiendo las represalias de su rey. Fue tanta su insistencia que Zeus, molesto de tanta habladuría, lo arrojó de un empujón del monte Olimpo.

Pero Prometeo era listo y sabía como entrar sin que nadie lo detectara. Burlando la seguridad y escabulléndose entre los pasadizos de la morada de los dioses, se introdujo en el taller de su sobrino y tomó él mismo el fuego de su fragua.

Se cuenta que fue la fiesta y la alegría de los hombres lo que despertó a Zeus de su sueño. Despereándose y quitándose las lagañas de los ojos, admiró con toda incredulidad como los mortales bailaban y festejaban muy felices alrededor de sus hogueras.

Zeus dispuso castigar a la humanidad y a su bienhechor. Contra los primeros, sabiendo muy bien que antes de eso la gente no conocía ni el pecado ni el sufrimiento, ideó enviarles una vasija con todos los males en su interior. En cuanto a Prometeo, lo mandó apresar con gruesas cadenas de acero en algún lugar del Cáucaso, destinándolo a sufrir su muerte día a día en un continuo martirio sin fin.

Según cuenta el mito, un águila descendía cada mañana para devorarle el hígado, haciendo que cualquiera que pasara por ahí, huyera aterrado por sus gritos de dolor.

Mientras Zeus se prometía que jamás lo desataría de la roca, Prometeo se juraba, cada amanecer, antes de que el águila lo devorara, que por el mismísimo Éstige algún día obtendría su venganza.

Mito popular de la Grecia Antigua.

Bienvenidos al Hotel Olimpia

Bienvenidos al hotel olimpia. –leyó, mientras se bajaba del coche.

Se encontraban en la entrada principal del hotel, y al igual que éste, era descomunal.

Aurelio ajustó su gorra, subió por la rampa de acceso y miró asombrado lo que tenía por delante. Anonadado, se dio cuenta de que el acceso estaba decorado con una gran fachada que media fácilmente diez metros de altura. La entrada del porche estaba formada por una columnata de doce gruesos pilares, cada una separada de la otra por unos cuantos pasos. En lo alto, en el frontón y justo debajo de la inscripción de bienvenida, había una escena esculpida a puro cincel sobre el tímpano. Por un breve momento le recordó a la última cena, pero de inmediato se dio cuenta de que había abismales diferencias: dejando de lado de que también eran doce personas, éstas estaban en posiciones distintas a la de la obra de

Leonardo y, además, casi la mitad eran claramente del sexo femenino, por no hablar de los curiosos ornamentos que llevaba algunos: por ahí se alcanzaba a apreciar a un varón con un caduceo, por allá a una mujer ataviada con una armadura completa y, cerca del centro, a dos hombres, uno con un tridente y el otro alzando un rayo... había más personas por supuesto, pero a éstas no lograba verlas con total claridad.

“Es una obra de arte”, se dijo.

Todos esos detalles, principalmente la columnata y el estilo de la fachada, le hicieron pensar en aquel templo antiguo en el que se decía que antiguamente se encontraba erigida la enorme estatua de Zeus.

–Bienvenidos. –la saludó una elegante muchacha en compañía de otros agentes de servicio, haciendo que Aurelio diera un brinco por el sobresalto– Mi nombre es Angélica, sean bienvenidos, ¿gusta que estacione su coche y le ayude con su equipaje?

–Claro, si es tan amable... –le contestó, entregándole las llaves. Cuando la portera se disponía a cumplir con su deber, le preguntó–. ¿Sabe donde podría encontrar al gerente de este hotel, señorita?

La muchacha lo meditó un poco.

–Lo siento, puede que el jefe de recepción sepa más al respecto. Ahora mismo se encuentra ahí.

–Muchas gracias.

Atravesaron el peristilo y entraron por unas alargadas y pesadas puertas de madera, poco menos altas que el techo.

El ingreso daba directamente a sala muy amplia que servía como vestíbulo. El estilo de la entrada recordaba bastante a la Grecia antigua, pero en cuanto al enorme recibidor, el tiempo parecía dar un gran salto y estancarse en la edad media. Era un cambio un poco brusco, pero no dejaba de ser cautivador. Las paredes del recinto se encontraban adornadas por gruesos y grandes pilares. Aurelio se fijó en ellos a detalle: cada columna se juntaba con la otra con la ayuda de amplios arcos, los cuales, al juntarse con el techo, formaban numerosas bóvedas de crucería de gran tamaño. En cuanto a la decoración, todo se encontraban ornamentado con finos tapices, que aunque viejos y empolvados, sus colores rojizos no dejaban de conferir un aire de grandeza a la estancia. Por si fuera poco, las losas del piso eran de un mármol blanco y las alfombras de complicado y costoso bordado. Ambos caminaron hasta el centro de la sala y se detuvieron en una bonita fuente en la que se hallaba una curiosa escultura de un bebe alado, tapándose los genitales. La obra estaba repleta de monedas, claramente como una señal de los deseos y

peticiones de la gente.

–Esto es como diez veces más grande que nuestra casa y sólo es el recibidor. –le dijo a su mujer, admirando sobrecogido toda la obra arquitectónica: la zona en la que se encontraban estaba debajo de una grandiosa cúpula decorada con una estrella dorada de doce puntas, en la que, curiosamente, cada vértice apuntaba a una vidriera.

–Tal vez más.

Los dos se empezaban a dar cuenta de que en sus buenos tiempos este lugar debió de haber sido más hermoso todavía. No tenía ni idea de el porqué nunca había oído hablar de él. Un hotel como aquel, por viejo y descuidado que fuera, debería de tener una buena y compleja historia detrás.

–Que raro. –murmuró entre dientes.

–¿Qué?

–Digo que es curioso que no se pueda encontrar información sobre este lugar. ¿Qué encontraste cuando lo googleaste?

–Casi nada –le respondió–. Sólo información muy básica, como el nombre y la ubicación. Igual, ¿qué importa? A mí me está encantando. ¿Tú tío era dueño de todo esto?

–Tío abuelo más bien... pero sí, lo era, y al parecer ahora nosotros.

–¿Por qué nos dejaría este negocio si ni siquiera nos conocía? ¿Lo viste alguna vez?

No respondió inmediatamente. Sacó una moneda de su bolsillo, la miró detenidamente y, arrojándola, contestó:

–Sólo en una ocasión, cuando era muy joven. Casi lo único que se me viene a la mente acerca de él era su aspecto: era un hombre menudo, muy estricto, callado y algo demacrado. Recuerdo que de niño me daba miedo.

Ella se mantuvo callada por unos minutos, reflexionando.

–Tal vez simplemente no deseaba que se lo quedara algún familiar mal agradecido.

–¿Y lo mejor que se le ocurrió fue obsequiármelo? Bueno... –se encogió de

hombros– puede que así haya sido.

No les costó trabajo encontrar al jefe de recepción; una de las trabajadoras se los señaló. Lo descubrieron abriendo y ojeando de manera desinteresada unas cuantas cartas. Era un hombre joven –cercano a los treintas–, delgado, alto y lampiño. De piel clara, sólo le faltaba el tono de sus ojos, que eran oscuros en lugar de color, para ganarse el premio al primer lugar por la representación del hombre caucásico perfecto: tanto por sus facciones como por el dorado de su cabello.

Llevaba un buen atuendo: un elegante chaleco negro, una camisa blanca, unos zapatos muy finos y una corbata a juego. Eso no le extrañó; era una vestimenta propia a su cargo, ese no era el inconveniente. El problema era que lo que ganaba en formalidad, lo perdía por la facha.

“Que horrible. Parece como si se hubiera dormido vestido”.

La corbata estaba floja, la camisa mal fajada, el peinado descuidado y los zapatos algo sucios.

–Hola ¿Disculpe? –saludó.

El hombre dejó lo que hacía para dirigirles una mirada curiosa.

–¿Sí?

–¿Es usted el jefe de recepción?

–Sí, Ángel, a su servicio. –anunció, haciendo un sutil gesto con la mano y una pequeña inclinación con la cabeza–. ¿En que puedo ayudarles?
–inquirió con una amplia sonrisa.

Su mujer le miró, como diciendo: “Al menos es amable.”

–Soy Aurelianus Wealth y ella es mi esposa, Penélope.

–¿Wealth? –el tipo salió de detrás del mostrador y caminó hacia ellos, extrañamente galante a pesar de su aspecto– Vaya rechinido de oídos; jamás en mi vida había escuchado que un apellido casara tanto con el nombre de pila. –comentó con sarcasmo.

La pareja sonrió.

–No es la primera vez que me lo dicen.

Tal vez estaba prejuzgando mucho, pero algo en su interior le decía que tenía que cuidarse de aquel empleado a pesar de su apariencia; su sonrisa astuta, llena de inteligencia y un poco de arrogancia, le daba algo de mala espina. Cuando salió de donde estaba para estrecharles las manos a ambos, no pudo detenerse a analizar su rostro y sus movimientos: sus pasos parecían ser rápidos y su expresión, vigilante y atenta, como la de esos pájaros de ojos enormes que una vez le tocó ver en un documental de National Geographic.

–¿Son parientes del difunto señor Wealth?

–Sí, y sus herederos.

Su anfitrión pareció sorprendido de escuchar aquello. Aurelio le entregó los documentos y él los ojeó atentamente.

–Luego de la muerte Wealth muchos de sus parientes vinieron más de una vez, y a veces incluso con abogados. Pero a usted nunca tuve el placer de conocerlo... Yo daba más o menos por sentado que alguno de ellos sería el nuevo dueño y que pronto cerrarían el hotel. ¿Es esa su intención?

Aurelio y Penélope se miraron.

–Veo que aún no lo han decidido.

–La verdad es que ni siquiera habíamos reparado en ello. Es nuestra luna de miel.

–¡Dos enamorados! ¡Mis más sinceras felicitaciones! –exclamó, estrechándoles las manos otra vez y dándoles un candido abrazo.

Le molestó un poco tanta proximidad viniendo de un tipo que acababa de conocer. A su esposa pareció no importarle: le agradeció gustosa el detalle y le devolvió el abrazo.

–Hace tiempo ya de la última pareja, me alegro por ustedes.

–¿El hotel no va muy bien, verdad?

–Me temo que no, señor.

“Lo sabía.”

Era una cosa que venía notando desde que cruzó la entrada. No había duda de que antes fue un negocio rico y floreciente. No había más que poner un pie dentro para darse cuenta de ello: los pilares, la cúpula, el acabado del edificio, el piso, las mesas, el recibidor, las esculturas...

absolutamente todo relucía esa antigua opulencia.

–Pero, ¿por qué? Esto es... –por un momento le faltaron las palabras– precioso. Y tal vez no se encuentre cerca de una importante zona turística, pero no por ello los paisajes dejan de ser únicos desde aquí arriba.

–La verdad llevo aquí muy poco tiempo como para poder darle una buena respuesta; el señor Wealth me contrató poco antes de morir. –suspiró– Pero como alguien con experiencia en el ámbito del negocio y del comercio, puedo decirles que el lugar estaba muy mal administrado cuando comencé a trabajar en él. –Ángel miró de un lado a otro–. Señor y señora Wealth ¿les molesta si caminamos un poco? Estaría encantado de poder darles un breve recorrido por el lugar. A fin de cuentas tendrán que conocerlo tarde o temprano si ahora esta es su propiedad.

Aurelio captó el mensaje de inmediato.

Anduvieron un rato através del vestíbulo, con rumbo incierto.

–Mi familia ha poseído por generaciones una importante empresa de transporte de envíos y mensajería. –comentó, al lado de ellos–. Inició como cualquier otra compañía: siendo pequeña y muy sencilla. Con el paso de las generaciones esa pequeña compañía fue haciéndose más y más grande, más y más importante. Hasta que un día, por fin, nuestros servicios pasaron al área internacional y llegaron a todo el resto mundo.

>Tal hazaña nunca se podría haber logrado sino hubiera sido por una imprescindible combinación de factores. Entre ellos, por nombrar alguno, un estricto control financiero. Siempre he dicho que sin una rigurosa administración la empresa esta destinada al fracaso, pues se deja de saber que dinero es para uno, que dinero es para el personal y cual es para los proveedores.

>No es mi intención darle una clase de negocios o economía, sólo quiero que entienda los principales errores de diligencia que pude notar en el breve periodo de tiempo que laboré al lado de su pariente.

Dejaron el vestíbulo para pasar a una zona al aire libre. Se trataba del área exterior más grande del hotel, según les supo explicar el jefe de recepción. Absolutamente todo estaba cubierto por parasoles, sillas, palmeras y albercas, siendo, la más grande de ellas, la que se expandía por todo el centro hasta alcanzar el límite de la propiedad, cerca del precipicio de la montaña. Diseminados por el lugar había varios locales donde en antaño se ofrecía a la clientela toda clase de platillos y bebidas.

–La montaña es en realidad un antiguo volcán extinto, por lo que contamos con unas envidiables aguas termales las cuales son dirigidas a

varías de nuestras albercas. Son libres de usarlas cuando quieran.

–Muchas gracias. –dijo Penélope.

A él le causaba algo de desolación el ver aquel paisaje tan solitario; calculaba que ni siquiera la décima parte de las sillas de playa se encontraban ocupadas, por no hablar de todo lo demás, que parecía un autentico hotel fantasma.

–Como pueden ver, no estamos operando ni de chiste a la capacidad optima del hotel. Cada año viene menos gente.

–¿Tan grave es? –preguntó Aurelio.

–Me temo que sí. No voy a engañarlo señor Wealth, si esto sigue así estaremos en la banca rota. Hemos logrado aplazar lo inevitable despidiendo la mayor cantidad de empleados posibles, pero llegará el día en el que esa medida no será suficiente.

–Me estaba hablando usted a cerca de la pésima administración del lugar, pero aún no entiendo el porqué de tanto desastre.

–Ni siquiera yo puedo decirle todas las razones lógicas que pudieran llegar a explicar tal descomunal perdida de popularidad. Los clientes, simplemente, dejaron de venir, sin importar cuanto se invirtiera al año en publicidad.

Según les supo explicar, el decaimiento del hotel se había estado dando desde hace varios años, tanto así que, con las décadas, el establecimiento dejó de ser el popular y rico negocio que fue alguna vez, para pasar a ser un sitio cada vez más olvidado y abandonado.

–El viejo Wealth tenía la inexplicable manía de ir incorporando ampliaciones temporada tras temporada. Fue en contra de cualquier sentido común y pagó una y otra vez costosas renovaciones al lugar. Parecía como si lo más importante para él no fuera obtener ganancias, sino construir una obra de arte personal. Una que sólo él pudiera entender a su plenitud. Vigilaba muy de cerca a los ingenieros y arquitectos que contrataba, imponiéndoles a la fuerza ideas propias y suprimiendo cualquier intento por añadir o quitar algo sin su estricto dictamen y consentimiento –Ángel movió la cabeza, como en señal de desaprobación– fue una locura, según me dicen.

–Y supongo que ahí fue donde despilfarró todos los fondos que tenía.

–Efectivamente, no sólo los del hotel si no también lo suyos propios.

“¿Qué maldita locura tenias entre manos, viejo lunatico?”

Continuará próximamente...